

LA BRECHA ENTRE LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS Y LA SOCIEDAD CIVIL

por Roberto Savio

Estamos presenciando una explosión de la sociedad civil, que en pocos años se ha transformado de una desarticulada galaxia de Organizaciones No Gubernamentales, en una red global: este gran actor dinámico, y a veces exclusivo, sobre la gobernabilidad de la globalización y de otras agendas globales. El sistema político ha reaccionado a este crecimiento cuestionando su legitimidad y su poder de representación, catalogándolo como un fenómeno radical y no constructivo, y liquidándolo como "no global", o sea antihistórico y romántico.



Las manifestaciones callejeras que se enfrentan en las reuniones del G7, a las del FMI y Banco Mundial, de la Organización Mundial del Comercio, siempre más destinadas a reunirse en lugares periféricos, se han convertido en el símbolo de esta relación. Pero esto es sólo la parte visible de un fenómeno mucho más profundo y trascendente: una brecha fuerte y creciente entre instituciones políticas y sociedad civil, que se realiza a niveles diferentes en todos los países. Este tema, sobre el cual no ha habido iniciativas significativas, se está convirtiendo en uno de los temas fundamentales sobre el déficit democrático del cual tanto se habla.

Es importante recordar que esta situación ha sido algo lenta en gestarse. Hay que tener en cuenta que hubo dos generaciones de la Sociedad Civil. La primera, que nace en los años 70, se había desarrollado en el paradigma del Desarrollo. Este era el punto de consenso y de compromiso de la Comunidad Internacional: que había que trabajar conjuntamente,

entre Norte y Sur, para cambiar el destino de gran parte de la humanidad, dándole los instrumentos económicos, sociales y culturales para que se creara un mundo más justo y viable, con el progreso de todos los ciudadanos.

En este paradigma nacen las Organizaciones No Gubernamentales, que actúan para el respeto de los Derechos Humanos, del Medio Ambiente, de la plena participación de la Mujer, de la Educación y la Salud, y de los otros temas en los cuales Naciones Unidas encuentra su nueva razón de ser. Las grandes Conferencias de Naciones Unidas de los años 90, desde la de Medio Ambiente en Río, la de Población en el Cairo, la de Derechos Humanos en Viena, para terminar en 1995 con el Summit Social de Copenhague y la Mujer en Beijing; en realidad legitimaron a la primera generación de la sociedad civil que miró a Naciones Unidas como referencia y defensa.

Para un gobierno autoritario, las ONG de Derechos Humanos eran organizaciones ilegítimas; pero ahora eran parte de una agenda internacional acordada por los países. Y gracias a Internet, las ONGs se organizan en redes, cuya función es no sólo intercambio de experiencias sino muchas veces de ayuda y defensa recíproca, con el apoyo de la comunidad internacional.

De manera obviamente muy diferente, según el cuadro político, las relaciones se habían establecido también a nivel nacional. Las ONGs se transforman en grupos de presión en los parlamentos de los países industrializados, para ampliar y mejorar las políticas de ayuda al desarrollo; y en los países receptores, los gobiernos asisten impotentes a la siempre creciente importancia de las ONGs en la implementación de programas y proyectos, ya que los países de la OCDE pasan a destinar el 5% de su presupuesto de ayuda al desarrollo a las ONGs, en 1985, al 25% en 1995. El mismo camino lo toman las Agencias y Programas de Naciones Unidas, en las cuales las

ONGs internacionales son a veces interlocutores más consistentes que los mismos Estados.

Esta Primera Generación de la Sociedad Civil, la del Paradigma del Desarrollo, se encuentra superada en fuerza y participación por la Segunda Generación, que nace bajo el Paradigma de la Globalización, al final de los años 90. Es una generación que considera que la marcha de la Globalización Neoliberal es tan fuerte y arrasadora, que no hay otra acción más importante que denunciarla y buscar detenerla. Se puede colocar la gran movilización de Seattle como el acto público de nacimiento; y es importante recalcar que esta Segunda Generación trae su legitimidad del rechazo de las instituciones internacionales como parte del proceso de globalización, y de su apoyo, a diferencia de la primera generación. Es una generación que también rechaza con más fuerza y convicción los partidos políticos y las otras instituciones políticas, porque las consideran parte del problema, y no aliados en la solución.



Las relaciones entre las dos generaciones han tenido cierto tiempo en gestarse de manera positiva. Al comienzo, las ONGs eran consideradas burocráticas o superadas por la realidad de los nuevos grupos, que eran considerados demasiado radicales por los primeros. El Foro Social Mundial de Porto Alegre, con su primera reunión de enero de 2001, permitió que ambas generaciones se encontraran, y se entendieran. El primer Foro era para denunciar la globalización neoliberal, y había nacido como alternativo a Davos.

Sin embargo, el declive del paradigma del Desarrollo en las agendas nacionales y en su financiación; el fracaso de un esfuerzo sin precedentes para la solución de la deuda del Tercer Mundo en una campaña apoyada por el Papa; la marginación evidente de Naciones Unidas, privada de los dos instrumentos fundamentales de la globalización, el sector de las finanzas y el sector del comercio, había creado una fuerte indignación en las ONGs del Desarrollo, que entendían que la Globalización era la fuerza subyacente a este proceso; y a la

vez se hizo evidente que el conocimiento científico y técnico de éstas era importante para el proceso de denuncia de todos.



Este proceso de integración se ha hecho más fuerte y manifiesto con el pasar de los Foros Mundiales, dedicados siempre más a fases propositivas. Ha sido una experiencia muy enriquecedora ver cómo el debate y el diálogo, fuerzas de gran importancia histórica, como el movimiento indigenista y el feminista, que habían tenido una trayectoria propia, pasan a ser uno de los motores del Foro Social Mundial, y de las relaciones nacionales y regionales, en una articulación sin precedentes.

Es así que se puede hablar ahora de Sociedad Civil Global, en la cual cada componente, grande o pequeño tiene su actividad y acción, pero donde a pesar de las diferencias la voluntad de compartir y actuar conjuntamente es el elemento determinante. Este proceso va a seguir muy probablemente fortaleciéndose, también por el uso de las nuevas tecnologías de comunicación, que han ampliado los intercambios y el conocimiento común. El Foro Social Mundial, sin Internet, no hubiera sido posible. Los organizadores esperaban unas 5000 personas en 2001.

Llegaron más de 30.000. En el 2003 se llega a los cien mil. El sitio web abierto por IPS y LMD, ha llegado a las 20.000 páginas leídas diariamente, o sea varios millones de participantes en el mundo. Se trata de algo imposible hasta hace algunos años, y que va a aumentar con el crecimiento de la red.

Cabe destacar que Porto Alegre es una manifestación basada en el voluntariado y en la participación, al punto tal que para el FSM 2003 se llegó a decidir que no se pague costo y estaba a nadie. El resultado es que los expositores de los 1710 paneles y talleres, de 143 países, viajaron enteramente por cuenta propia, cuando el trend de todas las conferencias es pagar por lo menos los costos de los exponentes, para asegurar que haya cierto nivel.

Obviamente, puede observarse que también en Davos los miles de dirigentes que se reúnen cada año, no sólo pagan sus costos, sino también una fuerte tasa de inscripción, superior a los 50 dólares del FSM. Pero esto significa dar a los de Porto Alegre

el mismo nivel de fuerza de los de Davos...

Sobre el FSM son posibles muchas líneas de análisis, y estamos todavía al comienzo de su proceso. Pero hay unanimidad en que lo que lo ha llevado a la unidad y el consenso de los tan heterogéneos participantes, ha sido encontrar valores comunes: el valor de la solidaridad, de la justicia social, de la equidad, de la participación. Estos valores, estaban en la base de la acción de todos. Y la diferencia con Davos era también esencialmente una cuestión de valores, más allá de toda discusión política. El paradigma de la globalización neoliberal conlleva un sistema de valores que es el que se está imponiendo.

El valor del libre mercado, como regulador supremo de la economía y de la sociedad, el valor de la ganancia como elemento determinante y único en la vida económica y social; la teorización de la Nueva Economía, en la cual las especulaciones son más atractivas que la vieja economía productiva, así que ahora por cada dólar en circulación de

producción hay 20 dólares de especulación de bolsas y cambios; la eliminación del hombre como centro del mercado y la sociedad.



Todo esto acompañado por una poderosa estructuración a nivel mundial, por el llamado consenso de Washington, de gran impacto en la vida de cada ciudadano, ya que la reducción del papel del Estado (enemigo principal del libre mercado), de las barreras aduaneras, la privatización de todas las empresas, han llevado a impactos sociales, desde Tanzania a Argentina, que están a la vista. Y la sociedad civil se ha convertido en el único portavoz de la vivencia de los ciudadanos sobre los aspectos negativos de la globalización neoliberal. Es por esto, que lo que se reclamó es el recupero de los valores del paradigma del Desarrollo; no es casual que el lema de Porto Alegre sea: "Otro mundo es posible", y lo que se reclame es una globalización solidaria.

Por esto, la etiqueta "no global" no representa para nada la marcha del movimiento de Porto Alegre. Es sobre el tema de los valores que también está el nudo fundamental de la brecha con las instituciones políticas, ya que la Globalización ha reducido el espacio de los partidos

de manera dramática. Los partidos tenían alguna estrategia internacional, a través de internacionales, como la Internacional Socialista: pero básicamente esperan ocupar el gobierno nacional para llevar adelante su política exterior. La globalización, por su fuerza, amplitud y arrastre, los dejó sin capacidad de proveer respuestas globales, en un progresivo proceso de atomización. Ya nadie habla de la Internacional Socialista. Además, la izquierda es la principal víctima de la Globalización, aunque esto no se pueda decir. La caída del "Imperio del mal", del llamado bloque socialista, no fue el resultado de una acción de las socialdemocracias, sino de los líderes de derecha como Ronald Reagan, Thatcher, Strauss. Y con ellos empezó un sutil proceso de deslice ideológico que fue primero hablar del fin del Comunismo; después del fin de las ideologías y de la historia; finalmente de llevar a la obsolescencia el uso de los términos solidaridad, justicia social, y otros que ya no eran de izquierda o de derecha, sino de un estado moderno.

El resultado ha sido un aumento de

las fuerzas xenófobas y conservadoras, que han cabalgado sin problemas los nuevos valores de la globalización. La izquierda, preocupada de separarse de la caída del "socialismo real" (término desconocido para el hombre de la calle), y subrayar su parte "democrática", se ha dividido en "viudas", que añoran al esposo desaparecido, o sea la existencia de un vasto movimiento capaz de enfrentar al capitalismo; y las "vírgenes", que quieren demostrar que nunca tuvieron que ver con el desaparecido, y que por lo tanto son tan respetables como los que lo detestaban.

La consecuencia ha sido una competencia en el terreno administrativo y estatal, en el marco de una aceptación de la secuela del proceso de globalización, hasta las guerras que se van sucediendo, desde Yugoslavia a Irak y, ahora, a una Guerra Infinita. A lo sumo, se han elaborado teorías mecánicas de respuesta, más que de elaboración, como la llamada Tercer Vía de Tony Blair, que busca unir



los elementos del progresismo social democrático con las leyes del mercado de la nueva Economía. Hay que reconocer que, por otro lado, no se trata de un problema sencillo. No es casual que el único país del mundo que puede ignorar el poder económico y militar de Estados Unidos, la China, ha desarrollado algo muy paralelo a la Tercera Vía de Blair, para su camino en la integración mundial.

Obviamente, estas observaciones quieren reflejar los sentimientos de la Sociedad Civil. Lo cierto es que las fuerzas políticas no han producido un serio análisis sobre el impacto de la Globalización en los partidos. Habría que plantearse una serie de temas muy complejos: ¿El fin de un mundo multipolar y la llegada del Imperio han sido una causa determinante? La incapacidad de Europa de tener una real acción política a nivel internacional, es una causa o un efecto? La crisis del multilateralismo, acentuada por la administración Bush después del 11 de Septiembre, es una crisis debida al poder del imperio, o es también fruto de un diseño Institucional superado?



No hay que olvidarse que al fin de la Primera Guerra Mundial, la comunidad internacional de este tiempo inventó a la Sociedad de Naciones. Al fin de la Segunda Guerra Mundial, se crearon las Naciones Unidas. Al final de la Guerra Fría, no se ha dado vida a nada nuevo, fuera de la Organización Mundial del Comercio, como regulador de la nueva situación. Y las Naciones Unidas son cada día menos referencia para la gobernabilidad de la globalización.

Ésta tiene dos motores: la financiera, que nunca estuvo en Naciones Unidas, y el comercio, que le ha sido ahora quitado. Le queda el tema del Desarrollo, de los derechos humanos, del medio ambiente, etc., en conti-

nuo declive como prioridad y medios de acción; y la Paz, que escapa siempre más a su competencia, como ya fue para la guerra en Yugoslavia, y como de alguna manera es el caso de Irak. Se le ha escapado a muchos que Richard Perle, Presidente del Consejo de Seguridad de Estados Unidos, en la última conferencia de la Comisión Trilateral en Praga, aun no hablando a nombre de Estados Unidos ya que no era una conferencia oficial, ha denunciado la falta de legitimidad de Naciones Unidas, por estar compuesta por muchos países corruptos, ineficientes o autoritarios. ¿Por qué hay que recurrir a la ONU para legitimar la guerra en Irak? Esto sólo lo puede hacer un conjunto de

países democráticos y eficientes. Este conjunto existe, y se llama la NATO. Naciones Unidas ya no tiene valor real...

No son el tipo de discursos más adecuados a abrir puentes con la Sociedad Civil: y el señor Perle lo sabe. Lo que pasa es que el equipo actual de la administración americana, considera que la sociedad civil es un fenómeno marginal, que se puede controlar con la fuerza. En Estados Unidos, la sociedad civil ha entrado en un proceso de crisis en los años 70, para ir prácticamente desapareciendo en la última década.

El muy brillante analista político Robert Putnam, de la Universidad de Harvard, acaba de publicar un libro de gran espesor e impacto "Bowling alone", sobre el colapso de la Comunidad Americana. Interesante, entre las varias decenas de reseñas, la de la Harvard Business Review, que dice: " Si este libro cayera en las manos equivocadas..." como las de los manifestantes con el pelo teñido de morado de Seattle, podría ser usado para hacer

discursos incendiarios". Su estudio, completo de una enorme serie de datos y tablas, demuestra que todas las instituciones americanas, desde los clubes de póquer a los sindicatos, desde los centros culturales a los partidos políticos, han entrado en una crisis demoledora.

Particularmente impresionante es el caso de la participación en las elecciones, en las que han visto desde 1920 (fecha en la cual se ha ampliado el sufragio a la mujer) un aumento en cada elección presidencial del 1,4%, con una proyección para el fin de siglo de un 70% de votantes, al actual 35% de las últimas elecciones. Es más, en ellas, sólo un joven de cada siete ha participado, y el 89% de los votantes eran de blancos y de clase media.

Putnam hace un estudio tan detallado, que al final de su libro intenta cuantificar las causas del declive de la comunidad americana: él considera que la presión del tiempo y del dinero, en el cambio de la nueva sociedad, es responsable en un 10%. El cambio de residencias, por la movili-

dad hacia las ciudades y de las ciudades (fenómeno muy americano), otro 10%. Más importante es el impacto del entretenimiento electrónico, como la televisión, que juega por lo menos en un 25%. Y más importante que todo, el cambio generacional, que Putnam considera ser responsable del 50% del retiro de las instituciones (con una interrelación entre el entretenimiento electrónico y el generacional). Él deja un 5% de margen de error, ya que estamos en "aguas sin mapas".

Obviamente este estudio se refiere a Estados Unidos, y no puede ser considerado automáticamente aplicable en todos los otros países. Pero, en sus análisis, Putnam considera que un factor muy importante, que engloba varios de estos trenes, es el proceso de integración y globalización de las estructuras económicas. Las cadenas de supermercado han eliminado miles de pequeños comerciantes, que se sentían parte de la comunidad. La "deslocalización corporativa", ha eliminado en Atlanta la leadership cívica de la ciudad. En la orquesta sinfónica de Boston, estaban de patronos

todos los empresarios importantes locales. En el 2001, los directivos estaban basados no en Boston, sino en las corporaciones americanas, y los funcionarios locales están frecuentemente de paso, y no son parte de la comunidad local.

El estudio de Putnam abre un interesante espacio de análisis, entre el declive cívico americano, y la incapacidad de Washington en entender el fenómeno en aquellos años. Reagan sigue hablando de la red de organizaciones cívicas como alternativa al Estado, y los que le suceden insisten en el concepto de la Sociedad Civil como paralela al sector privado, para crear una dinámica económica nueva.

Es en los 80 que la Sociedad Civil se establece como actor internacional, y en los 90, que pasa a ser parte decisiva de las conferencias internacionales de Naciones Unidas, la posición americana fue de apoyar a la Sociedad Civil como elemento de democracia y de participación, en contra del poder del Estado. Inmediatamente después de la di-

solución de la Unión Soviética, el Departamento de Estado teorizaba que la transición al capitalismo se tenía que hacer potenciando la Sociedad Civil de los ex países socialistas: clara reflexión ideológica, que nada tenía que ver con la realidad, ya que no había ninguna sociedad civil, y tampoco ningún sector privado.

Los desastres de esta política de transición, donde se quiso crear de la nada un sector privado y una sociedad civil para reducir al Estado, están a la base de las oligarquías, de las mafias, del deterioro social y sanitario, que hace que hoy los rusos tengan diez años menos de expectativa de vida.

Durante los años 90, que es el momento del declive de participación electoral más marcado de la historia americana, cuando Hillary Clinton visita los proyectos de Grameen Bank en Bangla Desh, se lanza la idea que los micro créditos sean la solución del subdesarrollo: y Clinton lanza la tesis que al abrirse miles de puestos de Internet en todos los pueblos africanos, es automático el florecimiento de la modernidad y de la

participación. Fue el mismo Bill Gates a declarar que sin educación e infraestructuras, la llegada de las PC no tenía un valor real.

Es durante la administración del primer Bush, que Maurice Strong, en la Conferencia del Medio Ambiente de Río de Janeiro en 1992, abre la conferencia a todas las ONGs que quieran participar (llegaron más de 20.000). Y cuando Juan Somavia, actual Director General de la OIT, impulsa el Summit Social de Jefes de Estados de Copenhague, en 1995, hace de la Sociedad Civil un interlocutor fundamental de los Jefes de Estado. Antes, sólo las ONGs que estaban admitidas por Naciones Unidas al Consejo Económico y Social tenían el derecho de participar en las Naciones Unidas. Esta categoría todavía existe, pero ha perdido mucho de su razón de ser.

Con la administración Bush este canto a la participación y a la comunicación, al florecimiento de la sociedad civil, se ha terminado. Bush se apoya exclusivamente en las iglesias, para su acción cívica. Y unos de sus prime-



ros actos ha sido eliminar la tasa de sucesión, en su continuo esfuerzo en apoyar el sector corporativo y financiero. Esto, a pesar de que los 100 hombres más ricos de Estados Unidos, en una campaña pública (dirigida por el padre de Bill Gates), se dirigieran al presidente americano indicando que esto significaba una drástica reducción en la creación de fundaciones (que era donde iba a parar el dinero de las grandes familias, en lugar de pagar impuestos).



** Acuerdos concluidos por 44 países en 1944 en Bretton Woods (EE.UU), que instauraron un sistema monetario internacional basado en la hegemonía del dólar.*

La posición americana en las conferencias internacionales ha sido de bloquear lo más posible la participación de la Sociedad Civil, y las relaciones de Washington con lo que queda del sistema cívico americano son en la práctica mínimas. La gran alianza estratégica es con el sector corporativo, especialmente energético, y con la derecha religiosa americana, que de hecho ha tomado el control del Partido Republicano.

Podemos por lo tanto concluir que la brecha se formaliza en la segunda mitad de los años 90, por un lado, con el declive de la Ayuda al Desarrollo que afecta la primera generación de la sociedad civil, y la creación de nuevas instituciones antiglobalización neoliberal, como por ejemplo Attac. Es también el momento en que los jóvenes dejan de participar en la vida de los partidos políticos. De cierta manera, el fracaso de la campaña para la eliminación de la Deuda del tercer Mundo, realizada por la más grande coalición posible de personalidades (empezando por el Papa), puede indicarse como el momento formal de la gran

ruptura entre sociedad civil e instituciones políticas. La reunión del Grupo de los 8 en Génova, con su sangrienta represión que golpea a los pacíficos y deja libre a los violentos, es el símbolo del desencuentro final.

También en el mismo período se consume la ruptura entre la Sociedad Civil y el diálogo con Washington, que se había abierto con la llegada de James D. Wolfensohn a Presidente del Banco Mundial. En la Conferencia de Ginebra en el 2000, de evaluación del Summit de Copenhague cinco años después, la ONG americana que había abierto el diálogo a nombre de muchos con el Banco, declara que esto no ha llevado a nada, y que hay que retomar la lucha en contra de las instituciones de Bretton Woods*. Y el fracaso de las Conferencias de las Naciones Unidas sobre el hambre en Roma, sobre el apartheid en Johannesburg, y sobre la financiación de la ayuda al desarrollo de Monterrey, solo ha creado más frustraciones y rabias.

No hablemos de la de Kyoto para el control climático, que ha sido el primer acto de un retiro sistemático de la administración Bush de todo acuerdo internacional, hasta el control de las torturas, la interdicción de los niños en los ejércitos, para no hablar de tratados más importantes como el de los controles biológicos, o el hostigamiento activo en contra de la creación de la Corte Internacional de Justicia. No es difícil entender que la aquiescencia de muchos países a este abandono de los acuerdos internacionales para tomar un camino unilateral basado en la fuerza económica y militar, legitimado por la función de comandante en jefe de la guerra infinita, en nombre de todos, en contra del terrorismo, no crea ciertamente las condiciones para un diálogo con los que creen en un mundo basado en el consenso y en el interés común.

Sin embargo, ya en la Conferencia de Barcelona, de abril del 2002 (o sea después de un escaso año de vida), el Comité Internacional del Foro Social Mundial adopta una estrategia que es la de fortalecer a Na-

ciones Unidas y otras instituciones multilaterales. Se trata de un paso de no menor importancia, ya que a la vez lo que existe parece a todos claramente insuficiente, y paralizado por la fuerza americana. Es así que en la reunión de Florencia del Comité Internacional, de mayo del 2002, se decide no invitar a Kofi Annan, por no haber actuado con mas fuerza sobre el caso de Palestina; no haber opuesto resistencia a la fuerza americana, como su predecesor Boutros Boutros Ghali BBG (que sin embargo había perdido su puesto de Secretario General justo por no haber acatado las disposiciones americanas con suficiente entusiasmo. BBG dirá después, que el problema es que a los americanos no hay que decirles "yes", hay que decir "yes, sir...") Y, tercera razón, el programa de coparticipación del sector privado a Naciones Unidas lanzado por Kofi Annan, llamado Global Compact, se esta saldando en el uso del sello de Naciones Unidas para las corporaciones invitadas, sin que hayan hecho progresos medibles en la actuación de las corporaciones.

Pero en el FSM del 2003 figuran prominentes personalidades de Naciones Unidas, como el mismo Juan Somavia, y uno de los paneles más atendidos fue sobre reforma de las Instituciones internacionales organizado por Ubuntu, red de redes dirigida por el ex Director General de la UNESCO, Federico Mayor.

La brecha, por lo tanto, es el resultado de la incapacidad de los partidos políticos a entender la necesidad de abrir un debate para una actualización de la agenda política frente a los desafíos de la globalización neoliberal, según la sociedad civil, que se queja que sobre estos temas los partidos se corren rápidamente, por considerarlos complejos y conflictivos. Pero la responsabilidad de la brecha no puede ser sólo considerada como de los partidos políticos.

La Sociedad Civil Global se encuentra frente a un callejón sin salida. Le guste o no, solo llegando a operar adentro de las instituciones es posible dar un cambio de fondo a la agenda política y a la marcha de la sociedad. Sin llegar a una gestión del Estado,



los cambios no pueden ser de fondo. Es sólo el Parlamento, en su capacidad legislativa, y en su relación con el Poder Ejecutivo, que puede cambiar la agenda nacional y las relaciones internacionales. Es más, al retirarse de la política institucional, la Sociedad Civil se está haciendo responsable, en buena medida, de ayudar a la profesionalización de los partidos en máquinas de poder, autoalimentados, en una democracia restringida a los que están en el sistema.

Se puede decir que el camino actual es de dudosa capacidad práctica. Si uno mirara lo que está haciendo, con los ojos cínicos de un exponente del sistema, podría decir que la Sociedad Civil es un gran apoyo para la globalización neoliberal. De hecho los miles y miles de voluntarios que trabajan en los hospitales, en la educación, en los miles de proyectos de base, reducen el impacto negativo de la globalización, y la crisis abierta por la reducción del Estado. No es casual que el senador Jessie Helms hablaba del "aceite que elimina muchos rumores, de una máquina que funcionaría de todas maneras, pero así esta mejor".

Y a la vez, todas las energías de los que quieren una sociedad mejor, no entran en el sistema y se enfrentan con los cuadros actuales: se quedan afuera, están todos muy ocupados, y el sistema se mantiene sin choques. Para el sistema, la Sociedad Civil se convierte cuando mucho en un problema de Orden Público: pero basta hacer la Conferencia Mundial del Comercio en Doha, o el G8 en un bosque perdido de Canadá, que los problemas de orden público son fácilmente controlables.

El que se vaya hacia un déficit democrático tan evidente, por otro lado, es una preocupación creciente en la Sociedad Civil, ya que los peligros son cercanos y ya visibles. Hay una desaceleración de la economía global en marcha desde hace dos décadas, que se acompaña por crisis cada vez más agudas, en el sistema financiero y económico internacional. Los conflictos sociales van agudizándose hasta en los países industrializados, y se van presentando siempre más tendencias xenófobas y autoritarias. Es un mito que las crisis económicas ayudan al campo progresista. Y la técnica de

entregar subsidios, en lugar de trabajo, ya en uso en varios países, desde Argentina a Perú, no ayuda en nada al desarrollo de la participación ciudadana.

A la vez, en el terreno que la Sociedad Civil se ha reservado, se están haciendo progresos importantes en la identificación de problemas y soluciones. Para dar un solo ejemplo, el tema del agua, que va a ser uno de los elementos más importante en pocos años en las relaciones internacionales (una tercera parte de la humanidad quedará sin suficiente acceso), ha encontrado en la Sociedad Civil mucho más estudios y progresos de lo que haya hecho el sistema intergubernamental.

Pero, ¿cuál es el destino de este esfuerzo, si las instituciones no lo recogen y lo transforman en leyes y tratados? Y no hay instituciones globales, para gobernar la globalización. Naciones Unidas no es global, es sólo intergubernamental, y con graves problemas de diseño. No es sólo que los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, encargado de





proteger y asegurar la paz, sean responsables del 80% del tráfico mundial de armas. Hay problemas de diseño, que paralizan la institución. No es solo suficiente, por ejemplo, que se decida que se pueden hacer tratados aun si todos no están de acuerdo.

Es así que se ha creado la Corte Internacional de Justicia, el tratado en contra del uso de las Minas antihombre, y en alguna medida el acuerdo de Kyoto sobre el Medio Ambiente. En estos casos. Estados Unidos se ha opuesto, y a veces hecho una acción contraria de gran fuerza. Pero el mundo ha resuelto ir delante de todas maneras. Sin embargo, esto no siempre puede funcionar, ya que los mecanismos establecidos muchas veces paralizan una marcha no compartida por los grandes.

No me refiero solo al derecho de veto de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Me refiero a que, por ejemplo, el hecho de que las votaciones tengan que hacerse por consenso en la Organización

Mundial de Salud, hizo que sobre la posibilidad de dar excepciones en las patentes de medicinales en contra del SIDA, Estados Unidos votando solo en contra de 143 países, bloqueara una solución en la cual el mundo estaba de acuerdo. Pero las Naciones Unidas siguen siendo el punto de mayor contacto con la Sociedad Civil, y es una relación que de manera muy dialéctica va a estrecharse todavía más. A no ser que la guerra en Irak se desarrolle en condiciones de subyugación tales que la ONU sea vista como un instrumento ya inoperante en la realidad.

Si las relaciones a nivel internacional son dialécticas, pero existentes, es a nivel nacional que la brecha es más seria. Los partidos políticos han básicamente resuelto ignorar a la sociedad civil, y tener relaciones sólo cuando no abran conflictos, y puedan ser conducidas en términos satisfactorios. Y la sociedad civil ha resuelto considerar a los partidos políticos parte del problema, y no de la solución; la corrupción, la falta de legitimidad, la obsecuencia al poder foráneo, la incapacidad de crear po-

líticas dirigidas a las necesidades de los ciudadanos y sobre todo asegurar su continuación en el poder, sin control ciudadano. Sin embargo, es a este nivel que la brecha tiene que ser por lo menos enfrentada, abriendo algún diálogo, del cual surjan ideas y aberturas.

Más promisorio es el espacio local. Hay más ósmosis y diálogo. En Porto Alegre, el foro de las Autoridades Locales, a diferencia del Parlamentario, ha sido base de un diálogo importante, y hay muchas iniciativas en común. Esto probablemente porque la relación entre espacio y ciudadano aumenta una visión clara de la globalización, y de las iniciativas a tomar para la defensa de la comunidad y el desarrollo. En varios temas, desde el Medio Ambiente a la lucha en contra de la pobreza, hay caminos en común.

No es casual que el Foro Social Mundial se haya tenido por invitación de una administración local, la de Porto Alegre, que estaba muy comprometida en el tema de la participación ciudadana, al punto

de llegar a delegar a la ciudadanía un largo espacio en las decisiones presupuestarias. Difícilmente un Estado nacional hubiera hecho tal invitación, a no ser caracterizado por una política muy independiente y abiertamente contraria a la globalización neoliberal, y su sistema internacional. Hoy, ¿quién considera prudente pelearse con el Imperio, el FMI, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio y Davos?

Por lo tanto, el problema estratégico para la Sociedad Civil, es estudiar nuevas alianzas, con todas las fuerzas que compartan la misma visión de la sociedad. Un ejemplo obvio es el de los sindicatos: sin embargo los pasos en esta materia son mínimos, también porque los sindicatos temen ser desplazados por la Sociedad Civil, y algunos sectores de la Sociedad Civil consideran los sindicatos como instituciones que se han burocratizado, y a veces se han aliado con los Estados a cambio de beneficios. Y el tema de las nuevas alianzas esta todavía ausente del debate interno.

Existe la posibilidad de hacer alianzas con partidos que se identifiquen con la carta de principios del movimiento, como algunos llaman el Foro Social Mundial. En el caso italiano, esto ha creado más problemas que soluciones. El líder di Rifondazione Comunista, Fausto Bertinotti, se ha declarado no sólo identificado con el FSM, sino su expresión en la política italiana (con cierta razón). Pero ha alejado los demás partidos, con el resultado que en el Foro Social Europeo de Florencia del 2002 (en cuya marcha en contra de la guerra participaron un millón de personas en una ciudad de 300.000 habitantes), se dio el caso clamoroso de que Piero Fassino, líder del Partido de Izquierda Democrática, estuviese en una reunión a 30 kilómetros, sin participar en la marcha. Si la Sociedad Civil entra en el juego de poder de las políticas nacionales, aun sin quererlo, no irá ciertamente muy lejos.

Para resumir, no hay iniciativas, análisis y estrategias sobre la brecha. Pero es un debate que la Sociedad Civil tiene que empezar urgentemente, si no quiere ser cómplice involun-

tario de una situación internacional e interna que le va a ser más adversa, y hacer más vanos sus esfuerzos y alejar sus ideales. La Sociedad Civil esta viviendo un momento que es ciertamente político, ya que su acción es parte de la política en el sentido completo de la palabra. Pero, si nos referimos a la política institucional, está todavía en un momento prepolítico, ya que no ha resuelto qué hacer con los partidos, los parlamentos y los gobiernos.

Se necesita abrir un debate y buscar perspectivas. Esto debería hacerse en una región lo más homogénea e integrada posible, para que haya una masa crítica importante de datos. Lo ideal sería hacerlo en Europa. Pero allá el tema de la globalización neoliberal se complica por los elementos de participación al sistema imperial, y porque los espacios positivos de la globalización tienen gran visibilidad, gracias al poder del sistema informativo.

Lo mejor, por lo tanto, sería partir de América Latina, que es una región homogénea ciertamente excluida de



la gestión del poder imperial, y donde el debate de los valores de la globalización neoliberal y de la necesidad de desarrollo nacional y democracia están muy claros, especialmente después de las crisis de los últimos años. También hay una sociedad civil siempre más comunicada, y en continua expansión: en Brasil, por ejemplo, hay 60.000 ONGs. Este diálogo también podría apoyarse en instituciones académicas de alto nivel, y tener una participación muy activa de las administraciones locales, muy abiertas a este tema. Son condiciones que no existen ni en África ni en Asia, donde este diálogo sería más difícil y complejo.

No es función de este artículo proponer los contenidos del diálogo. En gran medida, tienen que nacer del encuentro entre las partes. Para evitar contraposiciones poco productivas, de quien representa que, de legitimidad, y de poder, habría que partir del concepto de "bienes públicos", desarrollado por el PNUD, en el cual la democracia es, por ejemplo, uno de ellos.

Otro elemento de debate puede ser el tema de la seguridad, que tiene importantes referencias internacionales. Es necesario volver a discutir la seguridad no sólo desde el punto de vista del Estado, sino también desde el ángulo humano: lo que la Sociedad Internacional para el Desarrollo lanzó en los años 80, con conferencias de Parlamentarios y líderes de la Sociedad Civil, y que tuvieron gran impacto en su momento.

Se trata de actualizar el concepto de la seguridad humana global, que no sufre tanto de ataques militares, sino de las amenazas al medio ambiente, a los derechos humanos, a las migraciones de la miseria, a una sociedad que no coloque el hombre en su centro. También otro punto de encuentro puede ser el tema del Trabajo Digno, lanzado por la OIT, que vuelve a colocar el tema del trabajo como parte de la gobernabilidad de la globalización, en contraposición al mercado como elemento único.

El tener no sólo un trabajo, sino un trabajo que dé dignidad, identidad y

participación, es discutir un modelo social de gran fuerza. Y finalmente, el debate puede ser directamente sobre los valores en puerta de fuerza: solidaridad, equidad, justicia social, y ver en qué medida existe la capacidad política de darle nueva actualidad. ¿Son las Constituciones Nacionales, basadas en estos principios, todavía válidas?

Se busca, en otras palabras, ver si existe todavía la capacidad de pensar en la gran política, la de las ideas, y salir del debate de la gestión del poder y de lo administrativo. ¿Es inexorable, hoy, que sólo la realpolitik sea considerada política moderna? La Sociedad Civil aportará una contribución de ideales y de compromisos. Ella no puede sustituir a los partidos políticos. Es sobre la eliminación o la reducción de esta brecha, que en buena medida se juega el futuro de la democracia y de la justicia en América Latina. Y los resultados de este diálogo pueden dar una contribución importante en otras regiones del mundo.